

ricatura, aplicada á los mandarines y á los depositarios de la autoridad, es uno de los caracteres mas originales de las costumbres chinas. En este pais en que un magistrado cualquiera dispone tan fácilmente de la vida de sus administrados, bajo el pretexto de alta traicion ó lesa magestad, le es imposible sus- traerse á la sátira popular que le persigue hasta en su propia casa.

En la China hay absoluta libertad de imprenta: muchas personas tienen en sus casas prensas móviles que emplean, cuando asi les place, contra cualquier funcionario. Las paredes de las calles están literalmente cubiertas de anuncios, de pasquines, de sentencias filosóficas. Un poeta soñó: formula luego su estrofa; la imprime inmediatamente en gruesos caracteres en papel azul ó rojo, y la espone al público, fijándola en su puerta: este medio de publicacion tiene al menos la ventaja de no necesitar editores. Asi puede decirse que las bibliotecas están en las calles: no solamente las fachadas de los tribunales, de las pagodas, de los templos, los mostradores de las tiendas, las puertas de las casas, el interior de los aposentos, los corredores están llenos de máximas de toda clase; sino tambien las tazas del té, los platos, los vasos, los abanicos, son otros tantos compendios de poesía. En los mas pobres pueblecillos donde faltan las cosas mas necesarias á la vida, hay seguridad de encontrar anuncios.

La turba creció en el momento en que nos fue preciso detenernos. Nuestros *ting-tchai* nos aseguraron que podíamos ganar la Calle Mayor por un pasaje cubierto que se abría á nuestra derecha como la boca de un horno. Teníamos curiosidad de ver lo que era en Pekin un pasaje y echamos pie á tierra, recomendando á nuestros criados nos llevaran los caballos á la otra parte en que estaba la salida.

Este pasaje destinado al comercio del *bric-a-brac* ó del *Ku-tung*, como lo llaman los chinos, es simplemente una calle oscura, por donde apenas pueden pasar dos personas juntas: está cubierto con unas malísimas planchas, pavimentado con tierra y opacamente iluminado en pleno día por humeantes lámparas. Tiene de longitud unos 500 pasos, si la impaciencia por salir no me ha hecho contar un doble.

No son tiendas las que se entrecruzan en este callejón; son mas bien covachas informes, hechas con tablas ó planchas viejas sostenidas por pilas de mercancías de todo género; porque aquello es un abigarrado conjunto de vasos, porcelanas, bronce, armas, vestidos viejos, pipas, herramientas, gorros, legajos y utensilios de caza y pesca.

Objetos sin nombre y sin forma, todos los desechos, todos los residuos de la fabricacion están reunidos allí. No se comprende dónde puede estar el propietario de la tienda; pero luego que se repara con la vista

este monton de ruinas, se ve surgir de entre ellas como una vegetacion enfermiza, su cabeza calva, deprimida, ruin.

Y parece, sin embargo, que en medio de tantos despojos hay objetos de gran valor. Hé aquí un aficionado al *bric-a-brac* que examina al través de sus formidables anteojos, unas antiguas porcelanas y viejos bronce.

Se me asegura que los traficantes de antiguallas tienen aquí una habilidad superior á la de sus colegas europeos: por medio de una arcilla rojiza, que someten previamente á preparaciones particulares, obtienen imitaciones de las viejas porcelanas de la dinastía de los *Yuen*, tan apetecidas y buscadas por los aficionados. La falsificacion está tan bien hecha que suele engañar á los mas hábiles.

En la China, como en otras partes, los almacenes de antiguallas tienen el privilegio de la mayor suciedad: á no ser asi, los compradores no creerian en la antigüedad de los objetos que se ofrecen á su codicia: solo que quien dice *suciedad china*, espresa lo que yo no puedo describir. Baste decir que en el paraje en que estábamos, el suelo era una masa sin nombre; que las planchas y tablas de las tiendas rezumaban una humedad verdosa y nauseabunda; que las mujeres y los niños vestidos de harapos, estaban empotrados en todos los rincones; y que de toda esta miseria se exhalaba un olor fétido insoportable, que templaba, felizmente para nosotros, el denso y acre humo de las lámparas, alimentadas con aceite de *higuera infernal*.

Júzguese el placer con que volveríamos á encontrar el aire puro, el cielo azul, el aseo y comodidades de nuestros aposentos del *Tsin-Kong-Fu*.

La ciudad china de Pekin comprende en su estrechidad meridional los dos templos mas célebres de la China, asi por su arquitectura como por sus recuerdos históricos: son el *Templo del Cielo* y el de la *Agricultura*, situados en el centro de vastísimos parques que constituyen uno de los mas bellos paseos de la ciudad.

Voy á tomar la relacion que Mr. Tréves hizo de estos parques, cuya entrada está prohibida al público.

«Es menester convenir, dice, que por muy habituados que estemos ya á la China, la Calle del Centro de esta Ciudad, ofrece el espectáculo mas animado que he visto en el mundo. Sus anchas inmediaciones están cubiertas de barracas de todas clases y colores, presentando el aspecto de una feria permanente; pero con el carácter especial de que todos los oficios están practicados por artesanos ambulantes, que llevan consigo los utensilios de su profesion y se anuncia cada uno con un grito particular.

Me acuerdo de haber visto á la vez un herrero de fragua portátil, un barbero al aire libre y un hostelero: los tres ejercian su industria rodeados de sus parroquianos en un mismo ángulo de la calle.

El herrero, colocado delante de su banco, hacia funcionar su fuelle con el pie, y como no tenía tornillo, afianzaba el hierro con la mano izquierda envuelta en un pedazo de cuero, mientras con la derecha manejaba diestramente la lima: asi ejercitaba todos los miembros á la vez.

El barbero estaba cargado por delante con una mesa y un taburete de madera á que hacia contrapeso por detrás una pesada vasija de cobre, atada por tres cuerdas, de una de las cuales pendia un pequeño *tan-tan* ó tamboril con que anunciaba su presencia á los parroquianos. El pobre pasaba encorvado bajo el peso de sus utensilios. Un aficionado se presenta para rasurarse la cabeza. En un instante el barbero deja su mesa á dos pasos del herrero; la calza con un poco de barro, hace sentar al paciente en el taburete, vuela la cara hácia la fragua que vomita una fulminacion de chispas; le baja la cabeza hasta sus rodillas agarrándola por la cola que rodea á su puño, y despues de habérsela bañado con agua tibia, le frota la nuca á fuerza de brazo para ablandar la epidermis á falta de jabon; saca, en fin, una navaja, que tambien pudiera ser sable por su forma y dimensiones, y empieza su operacion de desollarlo vivo.

Al lado del barbero se establece un hostelero sin cuidarse de esta vecindad tan contraria al aseo de su cocina, que lleva colgada con el saco de las provisiones á un largo palo de bambú. Desde luego enciende su hornilla y anuncia con la mayor beatitud, que va á ofrecer al público el té maravilloso que asegura una larga vida, las rebanadas de sandía celeste que inspiran la sabiduría, el aguardiente de sorgo que alienta los corazones débiles; todo esto acompañado de pececillos y tortas fritas con sebo por el precio extraordinario de 20 *sapeques* por barba.

Un poco mas allá el olfato es desagradablemente afectado por el contenido de unas espuelas que llevan á la espalda algunos hombres. Acaban de vaciar una de esas casillas de paja construidas por los cuidados de los *ediles* en todos los puntos populosos de la ciudad. Estos hombres se anuncian con una campanilla y hacen su servicio gratuitamente, con tal que se les ceda un abono tan útil y solicitado para la agricultura.

Una porcion de mendigos ciegos, y en un traje mas que ligero, pues han olvidado sus calzones, pasan luego de la mano. Otra porcion de muchachos juegan al *Monte de Piedad*: uno de ellos que lleva sobre la nariz un enorme par de anteojos de papel, representa al pretor... y manejando con menosprecio los objetos que le presentan sus compañeros, ofrece

precios ínfimos discutiendo como un comerciante consumado. Los aguadores dan gritos estridentes manteniendo con una mano en equilibrio sus cántaros suspendidos á unos arcos, mientras con la otra se abanicaban con celeridad. El martillo del herrero resuena con gran ruido, el *tan-tan* del barbero redobla sordamente, la fritada chilla en la sartén del hostelero, los mendigos pregonan sus miserias, los chiquillos rien y gritan y revuelven, la multitud ahulla, se agita, se atropella...

Un orador popular se establece á la sombra de un árbol, y subido sobre una gruesa piedra arenga á los pasajeros desde lo alto de esta improvisada tribuna: es un aspirante letrado, que no ha podido nunca recibir los primeros grados y que no habiendo aprendido ningun oficio mecánico, se gana la vida recitando los versos de los poetas y las crónicas de los sabios de las edades pasadas.

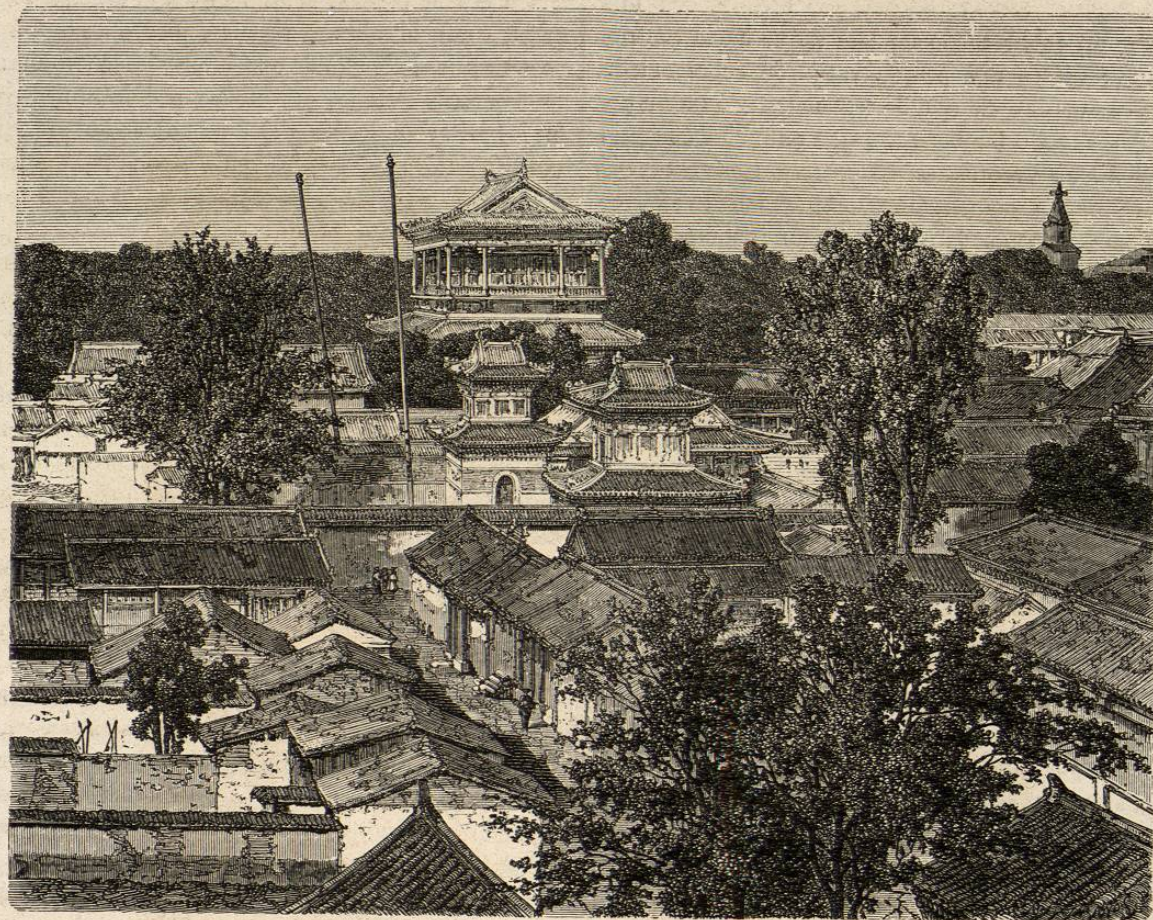
El *tsu-chu-ti*, ó lector público, tiene el privilegio de atraer á la multitud, porque los chinos, aun los de las clases inferiores, tienen pasion por las letras, y dejan con gusto las groseras diversiones por escuchar la lectura de los pasajes mas interesantes y dramáticos de su historia nacional. Por la expresion de sus fisonomías se comprende fácilmente todo el interés que el pueblo da á estas relaciones históricas. El *tsu-chu-ti* se detiene cuando está fatigado, y aprovecha estos entreactos para hacer una demanda, que retóricamente acompaña de espresivos comentarios sobre la virtud de la beneficencia, el mérito de los humildes y los vicios é iniquidades de los poderosos que oprimen el mundo. Estas especies de *clubs* al aire libre, se ven por todas partes en la China; y de tal modo han pasado á las costumbres, que la policia no piensa en ponerles ningun obstáculo. Y es singular sobremanera en un pais, donde el despotismo tiene tan hondas raices.

La Calle del Centro no presenta un espectáculo tan animado en todo su curso. Despues de pasar el crucero que forma con la avenida de *Cha-cua*, las casas son ya mas raras y la multitud menos numerosa. A la altura de las últimas habitaciones hay un puente que hace comunicar dos calles paralelas. Este puente está sólidamente construido de piedra y madera.

Eché pie á tierra y subí las dos largas escaleras que conducen á la cima para ver la perspectiva que ofrece la Calle del Centro, cortada por aquí en dos partes casi iguales.

La primera que se estiende hasta la puerta de *Tien*, era la que yo acababa de recorrer y el centro mas populoso de la *Ciudad China*; la otra que pasa entre los dos recintos de los templos del Cielo y de la Arquitectura, va á terminar á la estrechidad meridional de las murallas, cerca de la puerta de *Fung-*

ting; está casi inhabitada, ó al menos, si algunas casas guarnecen la calle, grandes espacios de cultivos se extienden en derredor. Desde lo alto de este punto, se ven, por encima de los arbolados de los parques las redondas cúpulas de los dos templos á derecha é izquierda de vastas llanuras plantadas de sorgo, maiz y trigo: algunas casitas rústicas, los esquilonos de las pagodas y los minaretes del cementerio musulman varían un poco la monotonía del pa-



Pagoda imperial de Kwang-Min-Tien.—De fotografía.

el mismo adivino lo sabia: *tal es el uso*, según me dijo.

El pobre diablo no tenia, al parecer, muchos clientes en este lugar solitario: así, pues, me decidí á solicitar me predijera mi suerte. La confianza que yo le mostraba le agradó sobremanera: sus ojos se animan, su encorvado cuerpo se endereza, hace crugir todos sus dedos, echa su cola adelante, y toda su persona toma un aire mágico aunque su traje nada tiene de particular. Despues toma cuatro piecitas de cobre, las echa en un cubilete que levanta hasta la altura de los ojos con solemnidad fatal, y agitándolo luego, derrama las piezas sobre la mesa. Las

norama, que envuelve á lo lejos la sombría cortina de los muros.

Un industrial de nuevo género se habia establecido con todos sus pertrechos al pie del parapeto del puente: era un embaucador que decia la buena ventura. Estaba sentado delante de una mesa, en cuyos dos extremos habia unas linternas encendidas, aunque era de dia claro; profusion de luz, cuyo motivo no tuve yo ocasion de explicarme, porque ni

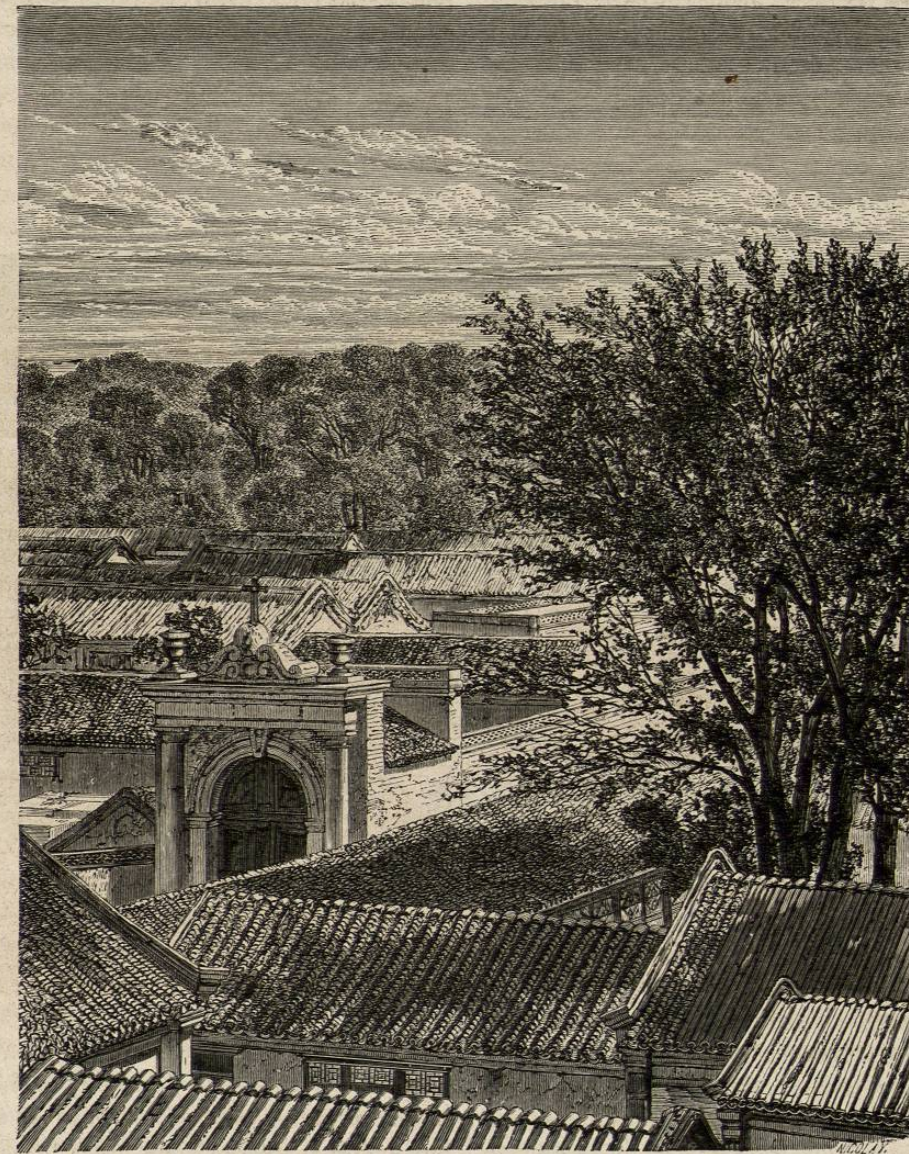
mira con afan, murmura palabras cabalísticas y repite cuatro veces la misma operacion. Despues saca cuatro pequeños cubos de madera, donde hay grabados unos puntos y que se asemejan á los dados, colocándolos en combinaciones dentro de unos cuadros que con carbon ha hecho sobre la mesa. En estos cuadros hay unos geroglíficos que representan, á lo que yo pude entender, los diversos acontecimientos de la vida; es decir, la buena ó mala ventura.

Confieso que, por muy conmovido que me hallara por la aprension de mi destino, misterio que se me iba á ofrecer claro como la luz del dia, me parecian

ya muy largas las operaciones del adivino: dile, pues, un *tael* (1) y me alejé. Pero no habia contado con mi hechicero, el cual, reconocido á mi largueza, me persiguió con faustas predicciones. En el momento en que pasaba á caballo bajo el gran puente, desde lo alto del parapeto me anunció el imperio...

del mundo. En efecto, yo lo habia merecido... por mi dinero.

Algunos minutos despues llegué al lugar en que la Calle del Centro está trazada por los recintos de los templos del Cielo y de la Agricultura, el primero á la izquierda y el segundo á la derecha. No tuve



Puerta y parque del Peli-Tang.—De fotografía.

necesidad de dar la vuelta para llegar á sus puertas; los fosos que rodean el recinto están cegados en algunas partes por las arenas de Mongolia que acumulan allí los vientos del Oeste, y mi caballo se habia ya acostumbrado á salvar de un bote el muro, cuyo remate apenas sobresalía algunos pies del nivel del suelo realzado.

(1) Barrita de plata que sirve de moneda.

Hallábame en el parque del templo del Cielo, donde está prohibido penetrar; pero á nosotros nos habia autorizado el príncipe de *Kong* para dirigir á él nuestros paseos.

Hay algo de misterioso, de profundamente triste en esta vasta soledad, sin ruido, sin movimiento, que sucede súbitamente al tumulto de la ciudad.

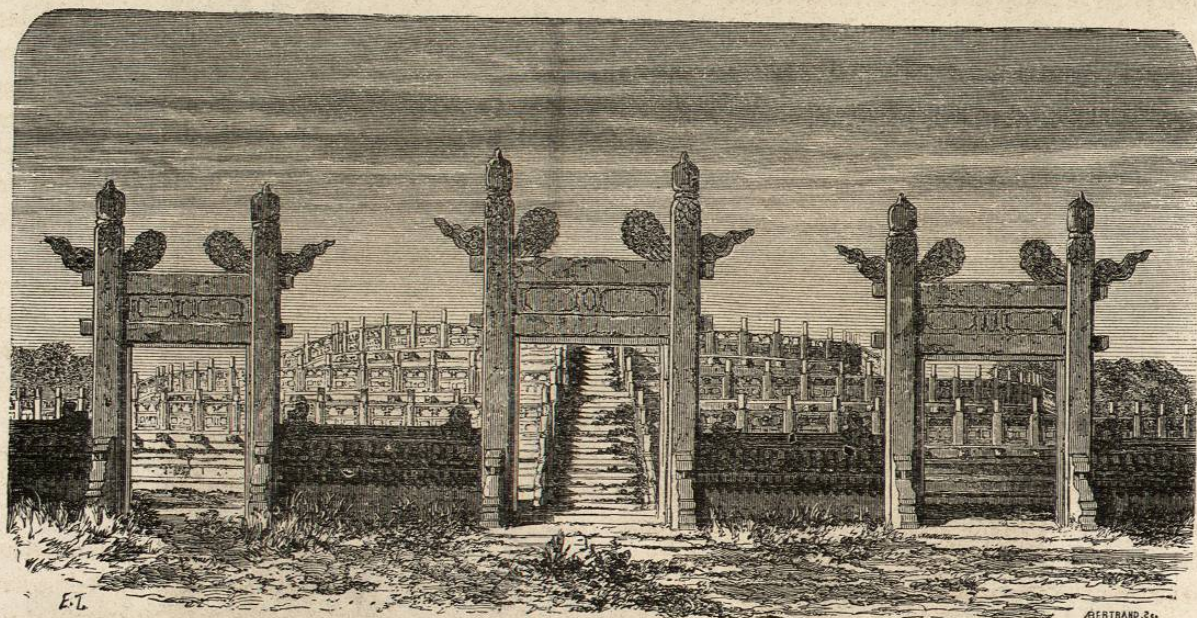
Vénse desde luego en este parque grandes y rec-

tas calles, embaldosadas cuidadosamente y limitadas á derecha é izquierda por balcones de mármol que sombrean las frondosas copas de gigantescos y seculares árboles.

Estos árboles están dispuestos en vastos cuadros cortados regularmente por las calles todas de igual longitud y adornadas por un modelo mismo. Bajo este bosque de árboles verdes en su mayor parte, ningún matorral, ninguna flor, ninguna yerba puede brotar. El suelo está cubierto de una espesa capa de hojas amarillentas y secas de que se han despojado los cedros y los pinos: allí no se oye más que el cadencioso

golpeo del pico negro hiriendo los viejos troncos, y los gemidos del viento que sopla entre las ramas.

El templo del Cielo es redondo, cubierto con dos tejados parecidos á sombreros chinos: es la forma más usada en la construcción de los templos; pero sus dimensiones son de una anchura extraordinaria, midiendo como mide 500 metros lo menos de circunferencia. Las tejas de las cubiertas, barnizadas de azul, están colocadas á manera de escamas de lagarto: una capa de musgo, espesa y negruzca, cubre en parte la superficie del tejado superior; el inferior está más resguardado. El intervalo de los dos está construido con



Recinto y pórticos del templo de la Agricultura.—De fotografía.

recuadros de porcelana de un azul más claro y adornado con pinturas de colores vivos. Cuatro escudos de madera con inscripciones doradas y el dragón imperial en escultura, están colocados en los cuatro puntos cardinales al frente de las grandes escaleras. La parte inferior del edificio se compone de bastidores de madera jaspeada, con un tinte de laca roja admirable, donde encajan unos tableros de esmalte pintados de azul oscuro y sembrados de estrellas de oro. Por encima y bajo el segundo techo se ven iguales recuadros de porcelana de un azul claro con pinturas más ricas todavía. Una masa de cobre dorado en forma de inmenso plumaje corona el edificio.

Ninguna escultura se ve en el interior del templo; pero sorprende la elegancia y gusto con que están combinados los colores para formar tan armonioso conjunto. No es fácil hacer una descripción exacta; puede decirse de este edificio lo que de cier-

tos cuadros: falta dibujo, pero el color es admirable.

El interior, en que se penetra por cuatro altísimas puertas de dos hojas, ha sido enteramente devastado. Véanse en él estatuas de dioses de dimensiones gigantescas: las larvas de insectos que viven en la madera, han corroído interiormente estas divinidades perecederas y se convierten en polvo al más leve contacto.

La parte que sobresale de los techos está cubierta con una tela metálica para evitar según me han dicho que las golondrinas aniden. Y á juzgar por el deterioro de las demás partes del edificio, debe hacer mucho tiempo que se han tomado esas meticulosas precauciones con un objeto de conservación.

La forma del templo del Cielo es poco graciosa por lo aplastada; pero el alto terraplen sobre el cual está erigido y que casi dobla su elevación; los numerosos balcones de mármol que lo rodean; las cuatro mag-

níficas escaleras que le dan acceso, hacen de él una obra imponente y grandiosa.

He contado treinta y dos gradas en las escalinatas construidas de mármol ó más bien de alabastro. Una rampa de suave pendiente y cubierta de esculturas, las separa en dos series: un pebetero ó copa de bronce colocada en un pedestal, se eleva al pie de cada una de ellas. La arquitectura de los balcones es muy graciosa; hay tres órdenes de ellos sobrepuestos y soportando pilastras poco altas y cuadradas en sus remates, donde están esculpidas cabezas de animales.

El recinto del templo de la Agricultura es mucho menos ancho, aunque tan elevado como el del Cielo. La disposición de su parque es igual; pero sus bosques están más devastados: muchos árboles se han caído bajo el peso de los años y han dejado inmensos claros. Todo anuncia que este edificio es aun más antiguo que el otro.

XI.

PASEO POR PEKIN.

Relacion de Mr. Tréves (continuación).—El templo de la Agricultura.—Ronda nocturna.—Las afueras de Pekin.—El cementerio francés.—El camino del Palacio de verano.

«He dicho que el templo de la Agricultura es menos bello que el del Cielo; pero está rodeado de un laberinto de balcones y de un dedalo de escaleras en que estriban monolitos de muy extraña forma, ofreciendo un conjunto arquitectónico único en el mundo. En todos estos mármoles están esculpidas en relieve las olas de la mar, flores, mieses, pájaros y todos los monstruos que ha podido inventar la imaginación de los escultores chinos.

Decorado con el mismo gusto que el del Cielo, este edificio no difiere de aquel más que en sus dimensiones, menos considerables, y en sus tres cubiertas sobrepuestas; las pinturas son también menos ricas, aunque mejor conservadas. En general los esmaltes, las porcelanas y las lacas están menos deterioradas; lo que puede atribuirse á la fiesta de la agricultura que celebra aquí todavía el emperador actual.

También el piso parece más húmedo y menos arenoso que el de su rival. A pesar de los cuidados de sus guardadores, el musgo y las plantas parásitas cubren con un espeso tapiz las baldosas de las escaleras y de las avenidas. Los pobres guardianes hacen en todas estas viejas piedras una abundante recolección de excelentes setas, que van á vender á la ciudad. Este, con el alojamiento y la leña, es el más seguro de sus emolumentos.

El recinto del templo de la Agricultura comprende además vastas dependencias: allí se ve la espla-

nada en que cada año el emperador con los príncipes de su familia viene á preparar con sus augustas manos, en la época de las primeras labores de la primavera, una extensión de terreno determinado para las ceremonias religiosas; una de las calles, en fin, conduce á edificios abandonados, que trazan un vasto patio, en cuyo centro se alza una torrecilla de 10 metros de elevación. En otro tiempo los emperadores, subiendo á la azotea de esta torre, sacrificaban en él algunas ovejas al dueño del cielo y las precipitaban después al patio, donde los adivinos consultaban sus entrañas humeantes. Ya hace mucho tiempo, según se dice, que se ha abandonado la costumbre de este cruento sacrificio: sin embargo, aun se ven los huesos y cenizas de las víctimas.

El día llegaba á su fin, y numerosas bandadas de cuervos, cuyos abuelos se nutrirían sin duda con los restos de los sacrificios, acudían á posarse en las cornisas, conservando la costumbre de andar en esta especie de necrópolis: la luna que se asomaba por el horizonte bañaba con su luz fantástica los pórticos de mármol blanco que coronaban de un modo fúnebre las hileras compactas de aquellos negros pájaros.

Ya era tiempo de volver á la ciudad. Yo sabía ya por experiencia que no era conveniente circular por Pekin después de ponerse el sol, y apresuré el paso de mi caballo, ante el que corría mi criado con una linterna en la mano.

A las siete de la noche se cierran las puertas de la ciudad, el *gong* anuncia la retirada, y la guardia vá á ocupar sus puestos nocturnos.

La Calle del Centro ofrecía un espectáculo completamente distinto del que tenía algunas horas antes: solamente vi algunos pasajeros rezagados y silenciosos, que aceleraban el paso para llegar á sus casas, y algunos perros hambrientos buscando algo que comer entre las inmundicias.

La policía prohíbe las reuniones nocturnas, cuya afición tampoco está en las costumbres del pueblo. Dos horas después de entrada la noche, todos los habitantes de Pekin se acuestan; porque aquí no se conocen ni los bailes, ni los conciertos, ni aun las cenas. Los tribunales, el comercio, las operaciones financieras, todos los negocios serios se abren con el día, y al promediarse, todo está cerrado: la tarde está consagrada al placer. En las horas en que hay más movimiento en las grandes ciudades de Europa, las de la China yacen en el más profundo reposo. Cada cual ha vuelto al seno de su familia, las tiendas están cerradas, los lectores públicos han levantado sus sesiones, los teatros han acabado sus representaciones.

Todas las callejuelas que vienen á desembocar á la Calle del Centro estaban ya cerradas por puertas de claraboya que guardaba el *ti-pao*, encargado de la policía del distrito. Cuando se quiere entrar ó salir,